

400

MEJICO

Iriarte se hizo dueño de las fuerzas con que contaban. Con ellas y con las que habia traído desde Zacatecas hizo dar al día siguiente la voz de *mueran los traidores de San Luis*, y ella sirvió de contraseña para comenzar el saqueo que no acabó sino con la total destruccion de los caudales publicos y particulares. Este hecho atroz fué celebrado con un banquete publico al cual Iriarte hizo conducir a Sevilla y Herrera, pues Villerias se habia fugado, y despues de haber tenido la barbara complacencia de hacerles creer que iban a morir, cambió repentinamente de tono, los abrazó, los puso en libertad y los hizo sentar a la mesa, disculpandose de las violencias que contra ellos habia ejercido, con decirles que no se habia propuesto otro objeto que evitarles fuesen atropellados, por considerarseles como un obstaculo para el saqueo proyectado. En seguida arrogandose una superioridad que no le correspondia nombró mariscal a Herrera y coronel a Sevilla, y salió para Guanajuato llevando sobre sí todas las maldiciones de los vecinos de San Luis.

Allende, que como se ha dicho ya, se habia situado en Guanajuato desde que Hidalgo levantó en retirada su campo de las inmediaciones de Mejico, hizo cuanto pudo para poner la plaza en estado de defensa; pero un ejército no se forma en pocos dias, mucho menos cuando los hombres que han de com-

ponerlo han sufrido reveses considerables como habia sucedido a los insurgentes en Aculeo : ademas este general se hallaba vendido por algunas de las personas de quienes hacia confianza, que ponian en conocimiento de Calleja y del gobierno de Mejico cuanto le hubiera convenido reservar. Estas inteligencias que mantenian en la plaza el gobierno, fueron sabidas por la interceptacion que hizo D. Julian Villagran de la correspondencia que las acreditaba, pero la interceptacion se verificó cuando la fuerza española se hallaba ya sobre Guanajuato, y por lo mismo no era posible hacer llegase su noticia al gefe de la plaza, que tampoco tenia ya tiempo para variar su plan de defensa. La ciudad de Guanajuato se halla situada casi a la mitad de una profunda cañada que desde la entrada hasta la poblacion se llama de Marfil, y desde donde esta acaba hasta su termino se denomina de la Serena : el punto en que se formó la ciudad es el centro a donde vienen a desembocar una multitud de pequeñas cañadas que pueden considerarse como otros tantos ramales de la principal. Los costados de la grande y de las pequeñas son formados por una multitud de cerros de considerable elevacion y de pendiente muy rapida, que ocupan el espacio de muchas leguas a la redonda, y que se elevan en escalones unos tras otros al rededor de la poblacion.

Allende, Aldama y los demas gefes insurgentes que

se hallaban con el, adoptaron el plan de defensa que indicaba la naturaleza misma del terreno y consistia en ocupar y fortificar las alturas, en establecer sobre ellas baterias que dominasen la unica entrada comoda por la cañada de Marfil, y en inutilizar esta por medio de barrenos: diez y ocho alturas fueron fortificadas, las diez primeras a la derecha y las ocho restantes a la izquierda de la cañada, y esta fué minada desde el punto en que desemboca el camino de Sta. Ana hasta la ciudad, con mil y quinientos barrenos practicados todos sobre sus espaldones y comunicados por una mecha.

La defensa estaba perfectamente concebida, pero no podia ser igualmente bien ejecutada, pues ni la artilleria estaba regularmente montada, ni habia quien la pudiese dirigir con acierto: ademas la fuerza de Allende no era instruida ni estaba rejimentada, y de consiguiente no podia prestar los servicios que son obra de estos conocimientos sin los cuales no es posible sostener por mucho tiempo punto alguno fortificado.

Calleja, despues de la victoria de Aculco, regresó a Queretaro y en esta ciudad logró ponerse en comunicacion directa con el alférez real de Guanajuato D. Fernando Perez Marañon que lo instruyó muy circunstanciadamente de cuanto le convenia saber, así en orden a la fortificacion de la plaza, fuerza, calidad y numero de sus defensores, como

se hallaban con el, adoptaron el plan de defensa que indicaba la naturaleza misma del terreno y consistia en ocupar y fortificar las alturas, en establecer sobre ellas baterias que dominasen la unica entrada comoda por la cañada de Marfil, y en inutilizar esta por medio de barrenos: diez y ocho alturas fueron fortificadas, las diez primeras a la derecha y las ocho restantes a la izquierda de la cañada, y esta fué minada desde el punto en que desemboca el camino de Sta. Ana hasta la ciudad, con mil y quinientos barrenos practicados todos sobre sus espaldones y comunicados por una mecha.

La defensa estaba perfectamente concebida, pero no podia ser igualmente bien ejecutada, pues ni la artilleria estaba regularmente montada, ni habia quien la pudiese dirigir con acierto: ademas la fuerza de Allende no era instruida ni estaba rejimentada, y de consiguiente no podia prestar los servicios que son obra de estos conocimientos sin los cuales no es posible sostener por mucho tiempo punto alguno fortificado.

Calleja, despues de la victoria de Aculeo, regresó a Queretaro y en esta ciudad logró ponerse en comunicacion directa con el alférez real de Guajuato D. Fernando Perez Marañon que lo instruyó muy circunstanciadamente de cuanto le convenia saber, así en orden a la fortificacion de la plaza, fuerza, calidad y numero de sus defensores, como

en orden a las personas con quienes podria contar y la clase de servicios que deberian prestarle. Con estos conocimientos se resolvió a marchar sobre Guanajuato y lo verificó por Apaseo, Celaya, Salamanca, e Irapuato. El 25 de noviembre llegó a las llanuras de Burras, y se situó en Puerto-Molinero distante cuatro leguas de la cañada de Marfil, y al día siguiente se puso en marcha hacia ella para reconocerla e igualmente las alturas que la rodean: al efecto destinó una parte de su fuerza que dividida en dos columnas, debia la una atacar dos baterias situadas a la izquierda de la boca de la cañada, y la otra sostener el ataque en la entrada de la misma. El conde de la Cadena encargado de estas operaciones las concluyó en poco menos de una hora apoderandose de cuatro cañones y de los puntos que se le habia mandado tomar. La facilidad y prontitud con que todo esto se practicó animó á Calleja para dar el ataque general que habia reservado al día siguiente: dividió pues toda su fuerza en tres cuerpos; el primero a las ordenes del conde de la Cadena estaba destinado a montar por las alturas de la derecha, apoderarse de los puntos fortificados que en ellas tenian los insurjentes, y caer sobre la ciudad por el cerro de San Miguel; el segundo que debia mandar el mismo Calleja tenia por objeto internarse por la cañada de Marfil hasta el punto en que desemboca el camino de Sta. Ana, en el

cual todavía no podian ofender las minas, montaron despues por las alturas de la izquierda, desalojaron a los insurgentes de sus diez puntos fortificados y caen sobre la ciudad por el cerro de Valenciana; el tercero a las ordenes del coronel D. Manuel Espinosa debia quedar en la cañada misma para apoyar los movimientos de los otros dos, e impedir que los insurgentes cortasen las comunicaciones apoderandose de nuevo de algunas alturas de que hubiesen sido antes desalojados: se destinaron ademas varios cuerpos de caballeria a las ordenes de D. Miguel de Emparan y del conde de S. Mateo Valparaiso para perseguir a los dispersos.

Los insurgentes no se defendieron bien porque no sabian hacerlo; pero sostuvieron todos sus puntos con sumo valor hasta rendir en ellos el aliento: grandes perdidas causaron en las tropas españolas, pero no fueron menores las que ellos sufrieron. El conde de la Cadena los desalojó sucesivamente de todos los puntos que ocupaban en la derecha sobre los cerros del Cubilete, Hormiguero y San Miguel, y se situó en este ultimo para pasar la noche: Calleja hizo lo mismo por la izquierda internandose por las alturas que se hallan entre el camino de Santa Ana y Valenciana, a donde llegó a las cinco de la tarde despues de haber vencido la obstinada resistencia que encontró en todos los puntos y con especialidad en el cerro de Panuco.

Como Calleja habia previsto, los insurgentes trataron de cortar los cuerpos de su ejército e intentaron apoderarse de nuevo de los cerros que habian quedado a retaguardia; pero el coronel Espinosa frustró este designio. Los gefes insurgentes viendose desalojados de todos sus puntos y en la imposibilidad de recobrarlos, dieron su derrota por consumada, solo pensaron ya en salvarse y lo verificaron la tarde misma. La fuerza se dispersó, y de los que la componian unos fueron a tener a San Luis, otros a Zacatecas y los mas a Guadalajara sin que nadie los persiguiese. La ciudad quedó pues esa tarde sin gobierno ni autoridades, y en este interregno el pueblo, escitado por los destrozos que se contaba habia hecho Calleja, determinó tomar venganza en doscientos cuarenta y nueve prisioneros, los mas de ellos Españoles que existian en Grana-ditas. D. Mariano Liceaga que entendió de lo que se trataba se puso a la puerta de la prision para impedir la entrada a los asesinos, pero fué atropellado y se halló en gran riesgo de ser muerto: tambien acudieron el capitan D. Pedro Otero y el sargento Tovar; pero bien pronto conocieron la ine-ficacia de sus esfuerzos y los riesgos que corrian si no se retiraban como lo hicieron al momento. Los asesinos penetraron en la prision y dieron muerte a cuantos en ella encontraron, sin respetar a dos señoras que eran del numero: despues saquearon

todos los efectos pertenecientes a los muertos hasta dejar desnudos los cadáveres.

Este acto de iniquidad provocó en Calleja otro que no lo es menos : al dia siguiente despues de haber tomado una bateria que se hallaba en el cerro del Cuarto, se dirijió sobre la ciudad y entró en ella a degüello desde Valenciana hasta el barrio de San Roque donde se mandó cesarlo. El conde de la Cadena habia entrado ya en la ciudad por el rumbo de Carreras, y su division no degolló. Luego que Calleja ocupó la ciudad mandó prender a cuantos hombres del pueblo pudieron encontrarse, y reunidos ya en el numero que pareció bastante, se procedió a examinar *militarmente* quienes eran los sospechosos de haber tenido parte en el asesinato de los Españoles : doscientos se declararon tales y diez-mados, fueron pasados por las armas los veinte que resultaron ; despues se hizo otro diezmo entre ciento ochenta, y los diez y ocho que salieron fueron ahorcados. A la misma pena fueron condenados el intendente Gomez, el profesor de Matematicas Davalos, y Chovell, Favie y Ayala, tres Mejicanos de una instruccion profunda en las ciencias exactas. En el termino de pocos dias fueron ejecutados por orden de Calleja doscientas diez personas, y tambien se le acusa de haber convertido en provecho propio sus despojos y los de todos los vencidos. El gobierno politico fué reorganizado de manera que las funciones publicas

recayesen todas en personas de la confianza del gobierno español, y quedó por intendente D. Fernando Perez Marañon, sin duda en retribucion de las intelijencias que habia mantenido con el virey y con Calleja de tan buen resultado en la toma de Guanajuato. El virey aprobó este nombramiento y cuanto habia hecho Calleja incluso las ejecuciones y el indulto que a ellas siguió.

Entre tanto el gobierno español y sus partidarios, alucinados con las ventajas adquiridas, llegaron a persuadirse que la insurreccion no era mas que un movimiento pasajero debido unicamente a la influencia de los que la habian promovido y acaudillado. Este error que tanto los lisonjeaba estaba cimentado en motivos plausibles que todos descansaban en apariencias engañosas: ellas consistian en hechos que estaban a la vista pero que tenian causas muy diversas de las que les asignaban y suponian los Españoles. Es verdad que casi todas las tropas se habian declarado y tomado partido contra los insurjentes; lo es igualmente que los empleados temian y no descaban su triunfo; y por ultimo es indudable que los propietarios y personas acomodadas veian sino con aversion a lo menos con desconfianza la causa de Hidalgo; pero todos estos temores, desconfianzas y aversiones no eran debidos al amor de la dominacion española, detestada por la generalidad, sino a las pocas o ningunas

garantías que ofrecia al bienestar de las personas que componian estas clases la nueva revolucion. En general casi todos deseaban sacudir el yugo español, pero querian que esto se hiciese de manera que ellos no saliesen perjudicados, y mientras se presentaba este orden tan deseado de cosas tenian por mejor mantenerse a la sombra de un gobierno que bien o mal conservaba y garantia a cada persona sus propiedades y el estado que deseara o le convenia tener.

Los Españoles se obstinaron por el momento en creer partidarios suyos a todos los que no tomaban cartas ostensiblemente por la insurreccion, y este error de los particulares se convirtió en un principio de conducta en el gobierno, el cual llegó a persuadirse que una vez dispersadas las masas que seguian a Hidalgo y sus compañeros, y aprendidos ellos, el negocio era concluido. En consecuencia, el virey luego que salió por las victorias de Aculeo y Guanajuato de los apuros en que lo habia puesto la aproximación de Hidalgo a la capital, formó un plan por el cual las partidas todas de insurjentes desalojadas de los diversos puntos que ocupaban fuesen precisadas a reunirse en uno solo sobre el cual deberia caer el grueso de las fuerzas españolas, y concluir en pocos dias la insurreccion con la aprension de los gefes y la rendicion y desarme de las masas que los seguian. Como la in-

surreccion ocupaba casi esclusivamente las provincias de Valladolid, S. Luis, Guadalajara y Zacatecas situadas todas en el centro del virreinato, se acordó formar tres divisiones o ejércitos que se encargasen de la ejecucion del plan, y que por diversos y aun opuestos derroteros llevasen por delante las masas insurjentes hasta concentrarlas en Guadalajara, y cuando esto se hubiese verificado caer todas en combinacion y al mismo tiempo sobre esta ciudad, para dar en ella el golpe que se estimaba ultimo y decisivo.

D. Antonio Cordero, gobernador de Coauila, con las tropas de las provincias internas dependientes del virreinato, debia dirigirse por S. Luis y Zacatecas, D. Felix Calleja por Leon, y D. Jose de la Cruz por Huichapan, Valladolid, la Barca y Zacualco. Cordero que era el mas distante fué quien primero se puso en movimiento, y sin encontrar mayor oposicion se hallaba a fines de 1840 en las inmediaciones de San Luis: Calleja se movia lentamente por las poblaciones de la provincia de Guanajuato reduciendolas sucesivamente a la dominacion española. La tercera division a que se dió el nombre de ejército de reserva, se formó de los regimientos provinciales de infanteria de Toluca y Puebla, de dos escuadrones de caballeria de España y Queretaro y de un batallon de marina, y se nombró para mandar estas fuerzas al brigadier

D. Jose de la Cruz a quien es preciso dar a conocer.

Este general parece no haber empezado su carrera militar sino hasta 1808 en que con motivo de la invasion de España por las tropas francesas abandonó como otros muchos las universidades. En países que sufren totales trastornos los ascensos son pronto y fáciles; España se hallaba en este caso, y Cruz en menos de dos años llegó a ser brigadier: con este grado se presentó en Mejico a fines de 1810 despues de haber servido en su patria a las ordenes del general D. Gregorio de la Cuesta, y se le nombró comandante de la primera brigada; pero a muy poco recibió el mando en jefe del ejercito o division de reserva, con el cual dió a los insurgentes dos solas acciones, una de ellas de muy poca consideracion. Cruz es uno de aquellos hombres que con un merito que no pasa de la esfera de mediano consiguen ocupar grandes puestos, porque tienen el tacto o instinto de las oportunidades. Venegas a quien empezaba a ser onerosa la reputacion de Calleja trató de suscitarle un rival, y este es el origen de la elevacion de Cruz: el virey necesitaba un hombre que se plegase facilmente y que por otra parte tuviese bastante astucia para hacerse valer mucho sin ser realmente gran cosa, y esto fué precisamente lo que halló en Cruz. Desde entonces fué su favorito, lo nombró para la comandancia general de la

Nueva Galicia y para presidente de su Audiencia, es decir, lo hizo un segundo virey, lo ascendió a mariscal de campo y lo dejó tan bien establecido, que se mantuvo en el puesto hasta que de él lo derribó la independencia por la que no quiso tomar partido. Este pretendido rival de Calleja en nada le era comparable sino en la dureza con que trató a los insurjentes; por lo demas, ni antes ni despues de la campaña logró establecer su reputacion militar, y aun se daba por cierto que sus conocimientos en la profesion de las armas eran muy escasos y mas aun todavia su valor personal. El voto de Venegas sobre los asuntos de Mejico fué siempre en España de mucho peso, y esto lo ponía en estado de sostener a Cruz como lo hizo, estimulado, ya por los compromisos que con él tenia, ya por mortificar a Calleja a quien no podia perdonar haber intrigado contra él hasta sucederle en el puesto. A las pasiones pues, y al odio mutuo de Venegas y Calleja que tenian su influjo en la corte, y a los triunfos que sobre los insurjentes lograba repetidas veces el brigadier Negrete, segundo de Cruz, fué a lo que este debió su engrandecimiento y la especie de independencia en que se mantuvo de la autoridad del virey, especialmente mientras Calleja ocupó este puesto.

Cruz salió de Mejico con la division de reserva, llevando orden de atacar y destruir en Huichapan

a los Villagranes, despues tomar a Valladolid, y enseguida unirse con Calleja para atacar a Hidalgo en Guadalajara. Los Villagranes eran dos, el padre Julian y el hijo Francisco, este ultimo se hallaba procesado por haber asesinado a un vecino de Huichapan llamado Chaves, y cuando empezó la insurreccion levantó a su favor y en compañía de su padre una partida compuesta de Indios miserables y de hombres perdidos que saquearon y robaron a todos los habitantes de los lugares circunvecinos cometiéndolo tambien algunos asesinatos. Cuando Calleja regresó a Queretaro, sabedor Julian Villagran de que estaba proximo a salir de Mejico un convoy de efectos enviados al interior por cuenta del comercio, en el cual debian tambien ir las municiones para Calleja, se resolvió a atacarlo en punto ventajoso, y al efecto se situó en la sierra de Calpulalpan, punto de transito inevitable y resgoso, dominado en una estension considerable de alturas inaccesibles. Estas fueron ocupadas por la partida de Villagran que sin grande dificultad acabó con los que custodiaban el convoy y con algunos pasajeros entre los cuales debe contarse el doctor D. Ignacio Velez, destinado a servir de auditor de guerra en el ejercito de Calleja. La perdida de este convoy cuyos efectos, sin contar las municiones, se estimaban en un millon y setecientos mil pesos obligó al virey a apresurar la salida de Cruz, que se verificó

el 16 de noviembre con las fuerzas ya dichas y llevando por su segundo a D. Torquato Trujillo, el mismo que habia sido derrotado en las Cruces.

Cuando Villagran supo la aproximacion de esta fuerza abandonó a Huichapan y se retiró al mineral del Doctor, de manera que los Españoles ocuparon el pueblo sin oposicion y en el encontraron los restos del convoy que se devolvieron a sus dueños. Cruz permaneció en Huichapan hasta 16 de diciembre publicando bandos de indulto, y haciendo prisiones de los que le parecian sospechosos. Dos personas fueron notablemente vejadas por el, el cura de Nopala D. Manuel Correa, que ostigado tomó desde entonces partido por la insurreccion, y la viuda de Chaves, el asesinado por Francisco Villagran, que fué mandada presa a Mexico por haber reclamado el servicio de plata que le robaron y que se asegura haberse apropiado los gefes.

Cruz salió de Huichapan el 16 de diciembre con direccion a Valladolid, y ocupó esta ciudad sin oposicion el 28 del mismo mes, pues Hidalgo se habia retirado sobre Guadalajara para concentrar en ella todas sus fuerzas. Aunque con el se habian ido todos los que en aquella ciudad tomaron partido por la insurreccion, los vecinos pacificos de Valladolid y aun los partidarios decididos del gobierno español fueron molestados por Cruz en agrias reconven-

nes, por no haber opuesto a los insurgentes la resistencia que aunque imposible se exigia de ellos : las autoridades que se habian visto precisadas a someterse al vencedor cuando este era Hidalgo , se hallaron en el mismo caso con Cruz; pero este y el virey fueron menos tolerantes y exigieron retractaciones humillantes y esplicaciones forzadas, sin otro fruto que el de envilecer a los que las hacian.

Reorganizado a favor de los Españoles el gobierno de Valladolid se nombró por comandante de la plaza y de la provincia a D. Torquato Trujillo a quien se dejó alguna fuerza, y Cruz salió contra una partida de insurgentes compuesta de unos dos mil hombres con poco mas de ochenta fusiles y veinte y nueve cañones mal contruidos y peor montados. D. Ruperto Mier era el jefe de esta partida, y con ella se resolvió a hacer frente a la division de Cruz de igual fuerza numerica pero de muy superior calidad; y el objeto que se proponia era el de evitar la reunion de Cruz con Calleja, para que este sin el refuerzo del otro pudiese ser mas facilmente batido por las fuerzas de Guadalajara.

Bien conocia Mier lo poco que podia prometerse de los que militaban bajo de sus ordenes, y por esto eligió la ventajosa posicion del puerto de Urepetiro, punto dominado de alturas por debajo de las cuales debia pasar la division española : sobre una de ellas estableció dos baterias, la primera de diez y siete, y la

otra de doce cañones, y aguardó a Cruz que el mismo dia salió de Tlasalalca. Una fuerte descubierta que pretendió atacar la posicion, a poco fué desbaratada y puesta en fuga : entonces Cruz formó dos gruesas columnas de ataque, la una a las ordenes de D. Francisco Rodriguez, y la otra a las de D. Pedro Celestino Negrete : la de Rodriguez sufrió mucho, pero la de Negrete empezó por restablecer la accion y acabó por derrotar completamente el grueso principal de la fuerza de Mier apoderandose de la altura y de la principal bateria, a lo que siguió el abandono de la otra y la total dispersion de los insurgentes.

Esta refriega fué el 14 de enero de 1844, en ella perdieron los insurgentes sus veintinueve cañones y algunos de sus fusiles, tuvieron varios muertos y dejaron espedito a la division española de reserva el paso para reunirse con el ejército del centro que se hallaba ya en marcha para Guadalajara y no muy distante de esta ciudad.

Hidalgo derrotado en Aculeo se retiró casi solo y disfrazado hasta Valladolid que se mantuvo por el apesar de sus perdidas : entró sin embargo de incognito en la ciudad y permaneció así en casa de la viuda de D. Domingo Allende hasta que se aseguró de que no correria riesgo de ser entregado a sus enemigos : se presentó despues en la casa del obispo ausente que eligió para su morada, volvió a to-

mar el caracter de gefe de la insurreccion y trató de levantar nuevas fuerzas con el objeto por entonces de defenderse en la ciudad. El intendente Anzorena y el coronel Zorarilla, hombres muy activos y ambos de grande influjo por pertenecer a las familias principales de Valladolid, lo pusieron todo en movimiento para levantar cuerpos militares, lograron reunir hasta ocho mil caballos y armar hasta mil doscientos infantes; pero no habiendo un pie veterano estas fuerzas colecticias no podian ser bien adiestradas en el manejo del arma, ni en las evoluciones militares sino con mucha lentitud y siempre mal. En 14 de noviembre llegó a Hidalgo la noticia de la toma de Guadalajara por Torres y la invitacion de este gefe, lo mismo que las de Portugal y Navarro que tambien habian entrado despues con sus partidas y disputaban a Torres el mando, para que Hidalgo se presentase en la ciudad a mandar las fuerzas de todos.

Esta noticia lo sacó de los apuros en que se hallaba en Valladolid: luego que la recibió determinó ponerse en camino sin perdida de momento con las fuerzas que tenia reunidas, y se fijó la marcha para la mañana del 17; pero antes de verificarla mandó dar muerte a sangre fria en el cerro de la Batea a un numero considerable de Españoles que tenia presos, y se hacen subir segun las diversas relaciones desde ochenta y uno hasta ciento se-

senta y tres. Estos miserables eran sacados en la oscuridad de la noche y muertos a machetazos o puñaladas. Tales atrocidades *no necesitan comentario* ni merecen disculpa, y ellas fueron el principio de otras muchísimas que provocando represalias contribuyeron a empapar en sangre todo el suelo mejicano.

Hidalgo salió por fin de Valladolid el 17 de noviembre y se dirigió a Guadalajara recibiendo en todos los lugares del tránsito, especialmente en Zamora, felicitaciones, donativos, armas y hombres que se le unían para pelear. El día 24 llegó al pueblo de S. Pedro, lugar de recreo de los vecinos de Guadalajara y distante una legua de la ciudad: las autoridades vinieron a presentarsele y ofrecerle sus respetos, y desde allí fué conducido por ellas el 26 en una especie de triunfo que fué celebrado por todas las demostraciones del verdadero regocijo que animaba a los habitantes de una ciudad en que las tropas insurjentes a las ordenes de Torres habían conservado el orden público y respetado los derechos individuales.

Antes de que Hidalgo llegase a Guadalajara el presbítero D. Jose Maria Mercado, cura de Aualulco, había solicitado y obtenido del comandante Torres la comision de perseguir a los Españoles que bajo las ordenes de los oidores Alba y Recacho se retiraban a San Blas. A virtud de ella reunió una

partida corta que se fué engrosando en los pueblos del *transito*, de manera que a las inmediaciones de Tepic constaba ya de seiscientos hombres : con ellos ocupó esta poblacion y en ella se le reunió la compañía veterana del lugar que lo acompañó a San Blas. Luego que llegó a este puerto intimó la rendicion al comandante D. Jose Lavalle , amenazandole con incendiar el pueblo en caso de resistencia. Este jefe, con fuerzas muy escasas y aterrizado por la rapidez del movimiento de Mercado y la defeccion de la compañía de Tepic, entró en capitulacion y por ella salvo las vidas y caudales de los Españoles que Mercado ofreció respetar y respetó: así cayó en poder de los insurgentes toda la artilleria gruesa y el considerable repuesto de municiones que se hallaba en el apostadero de San Blas.

Entre tanto Allende, derrotado en Guanajuato y dispersada su fuerza, apareció casi solo en Zacatecas : resentido con Hidalgo desde las inmediaciones de Mejico donde como va dicho riñeron y se separaron, no quiso por entonces presentarse en Guadalajara y prefirió acojerse a Iriarte que se hallaba en Zacatecas. Este hombre, que bajo pretexto de auxiliar a Guanajuato habia logrado introducirse en San Luis Potosí y saquear la ciudad segun va dicho, cuando salió de ella para prestar el dicho auxilio se movió con tanta lentitud que no pudo o tal vez no quiso llegar a tiempo : en las inmedia-

ciones de S. Felipe supo la derrota de Allende y entonces contramarchó rápidamente a Zacatecas : como habia sido soldado y servido en la brigada de Calleja conocia la importancia de disciplinar su gente y la puso bajo un pie regular , lo bastante a lo menos para hacerse respetar : desconfiado del exito de la insurreccion y deseoso de hacer fortuna aprovechó la ocasion que le ofrecia la contingencia de haber caido en su poder la esposa de Calleja , para entrar en relaciones con su antiguo gefe y vender cara su defeccion a la causa que habia abrazado.

En estos manejos andaba Iriarte cuando Allende se presentó en Zacatecas , y claro es que este desgraciado era por lo menos un embarazo para continuarlos , pues a la larga necesariamente los habria penetrado : lo recibió pues Iriarte de una manera muy fria y aun le corrió algunos desaires que habrian sin duda acabado por entregarlo a Calleja , si Hidalgo sin saberlo no hubiese ocurrido a sacarlo de aquella penosa situacion. Este gefe creyó debia ser generoso con su antiguo compañero , y luego que supo donde se hallaba solo y abandonado , lo invitó a pasar a Guadalajara donde lo recibió prodigandole todo genero de consideraciones hasta salir fuera de la ciudad a su encuentro acompañado de todos los gefes de la insurreccion y de las principales autoridades.

La presencia de Allende en Guadalajara completó en esta ciudad la reunion de los primeros caudillos que habian dado en Dolores y San Miguel la voz de independencia, y todos se dedicaron segun sus luces y aptitud, pero con el empeño mas activo, a ponerse en estado de derrocar con golpes decisivos la dominacion española. Guadalajara, la segunda ciudad del vireinato, ofrecia cuantas ventajas pueden apetecerse para constituir un gobierno: grande, rica y con mas de cien mil habitantes, tenia bajo la dominacion española todas las autoridades que segun las instituciones establecidas por sus leyes, eran bastantes a completar la existencia politica de un gobierno independiente: en ella habia universidad, colejos, imprentas, y abundaban los hombres de una cierta ilustracion que son consecuencia precisa de semejantes establecimientos: ademas no se habia hecho odiosa a sus vecinos la insurreccion por saqueos, persecuciones y asesinatos, ni la organizacion publica habia sufrido notables alteraciones, y de esto resultaba que no solo las masas sino tambien los hombres de influjo abrazasen con entusiasmo la causa de la independencia.

Otro hombre que Hidalgo hubiera sacado mucho partido de elementos tan favorables, creando aunque fuese la sombra de un gobierno nacional que interesase a todos los ordenes del Estado; D. Igna-

cio Rayon, el general D. Mariano Abasolo, el rejente de aquella Audiencia D. Antonio de Villaurrutia y otros muchos le instaron para que lo verificase; pero ya sea que no llegó a penetrarse de la conveniencia de esta utilísima medida, ya sea, lo que parece mas probable, que bien hallado con la posesion del poder que le proporcionaba la especie de dictatura que ejercia, sentia repugnancia a desprenderse de ella; el resultado es que este caudillo se contentó con dar respuestas evasivas a las repetidas instancias que se le hacian, y mantuvo en su persona la suma del poder arbitrario e indefinido de que habia gozado hasta entonces, y que tampoco supo ejercer con acierto.

El orden político se conservó tal como se hallaba, llenandose las vacantes de la Audiencia y otros puestos publicos que habian desamparado los Españoles. La imprenta se puso tambien en ejercicio para sostener la causa de la insurreccion y vindicarla lo mismo que a sus gefes de la nota de irreligiosidad, con que procuraba desopinar a la una y a los otros el gobierno español: se hicieron publicos los escesos que cometian sus gefes y soldados, y se trató de disculpar los de las tropas insurjentes; pero sobre todo se procuró inflamar las masas, convirtiendo en un sentimiento comun y popular el odio contra los Españoles.

El doctor D. Francisco Severo Maldonado, homi-

bre de vasta lectura, de no vulgar capacidad, escesivamente extravagante, y de una arrogancia y presuncion inaudita, fué el escritor mas notable que patrocinó por entonces la causa de la insurreccion. Hidalgo mismo creyó deber hablar al publico, y lo hizo por primera vez en un manifesto *, en el cual no se anuncia ninguna mejora, ningun principio politico, ni aun la independenciamisma : en el se habla de agravios, de padecimientos, sin especificarlos, sin explicar a la multitud en que consistian, ni el sistema que se podria adoptar para repararlos, evitar que se perpetuasen o reprodujesen en lo sucesivo; por lo demas en esta pieza hay errores, falsedades y maximas antisociales; se anuncia que la reli-

* MANIFIESTO A LA NACION AMERICANA.

¿Es posible, Americanos, que habeis de tomar las armas contra vuestros hermanos que estan empeñados con riesgo de su vida en libertaros de la tirania de los Europeos, y en que dejeis de ser esclavos suyos? ¿No conocéis que esta guerra es solamente contra ellos, y que por tanto seria una guerra sin enemigos, que estaria concluida en un dia si vosotros no les ayudaseis a pelear? No os alucineis, americanos, ni deis lugar a que se burlen mas tiempo de vosotros, y abusen de vuestra bella indole y docilidad de corazon, haciendos creer que somos enemigos de Dios, y queremos trastornar su santa religion, procurando con impostura y calumnias hacernos parecer odiosos a vuestros ojos. No : los americanos jamas se apartaran un punto de las maximas cristianas, heredadas de sus honrados mayores. Nosotros no conocemos otra religion que la catolica, apostolica, romana, y por conservarla pura e ilesa en todas sus partes, no permitiremos que se mezclen en este continente extranjeros que la desfiguren. Estamos prontos a sacrificar gustosos nuestras vidas en su defensa, peotestando delante del mundo entero, que no hubieramos desenvainado la espada contra estos hombres, cuya soberbia y despotismo he-

cion corre riesgo con los Españoles, se procura hacer odiosos a estos, se promete la exclusion de extranjeros, y se sienta como indudable que la revolucion ha sido de preferencia provocada y sostenida por motivos relijiosos, y que los males publicos cesaran con las exclusiones pronunciadas. Tal es el manifiesto en que Hidalgo habló a la nacion por primera y ultima vez : el pinta mejor a este caudillo que cuanto pueda decirse, y da idea de sus principios politicos, o por mejor decir, de la falta absoluta de ellos ; los Mejicanos se avergonzaron de tan miserable produccion, y los Españoles la convirtieron en testo que sus diputados glosaron en las cortes de Cadiz para escluir a Mejico de la mediacion

mos sufrido con la mayor paciencia por espacio de casi trescientos años, en que hemos visto quebrantados los derechos de la hospitalidad, y rotos los vínculos mas honestos que debieron unirnos, despues de haber sido el juguete de su cruel ambicion y víctimas desgraciadas de su codicia, insultados y provocados por una serie no interrumpida de desprecios y ultrajes, y degradados a la especie miserable de insectos reptibles, si no nos constase que la nacion iba a perecer irremediabilmente, y nosotros a ser viles esclavos de nuestros mortales enemigos, perdiendo para siempre *nuestra relijion, nuestra ley, nuestra libertad, nuestras costumbres*, y cuanto tenemos mas sagrado y mas precioso que custodiar.

Consultad a las provincias invadidas, a todas las ciudades, villas y lugares, y vereis que el objeto de nuestros constantes desvelos, es el mantener nuestra relijion, nuestra ley, la patria y pureza de costumbres, y que no hemos hecho otra cosa que apoderarnos de las personas de los Europeos, y darles un trato que ellos no nos darian, ni nos han dado a nosotros. Para la felicidad del reino es necesario quitar el mando y el poder de las manos de los Europeos; esto es todo el objeto de nuestra empresa, para la que estamos autorizados por la voz comun de la nacion, y

inglesa admitida con el objeto de acordar las diferencias entre la metropoli y las demas colonias americanas que se hallaban en insurreccion.

La resistencia de Hidalgo a establecer un gobierno y las prisiones que se empezaron a hacer a su llegada a Guadalajara de los Españoles que habian querido quedarse y Torres habia dejado libres bajo de la fianza de los principales vecinos, enfriaron el entusiasmo de los habitantes, y empezaron a hacer disgustados. Los Españoles que no podian estar contentos con el nuevo orden de cosas, pero que lo sobrellevaban mientras fueron tolerados en el gobierno de Torres, se ofendieron á la llegada de Hidalgo que los mandó arrestar, y viendo apoyadas

por los sentimientos que se abrigan en los corazones de todos los criollos, aunque no puedan explicarlos en aquellos lugares en donde estan todavia bajo la dura servidumbre de un gobierno arbitrario y tirano, deseosos de que se acerquen nuestras tropas á desatarles las cadenas que los oprimen. Esta lejitima libertad no puede entrar en paralelo con la irrespetuosa que se apropiaron los Europeos cuando cometieron el atentado de apoderarse de la persona del Excmo. Sr. Iturrigaray, y trastornar el gobierno a su antojo sin conocimiento nuestro. mirandonos como hombres estupidos, y como manada de animales cuadrupedos sin derecho alguno para saber nuestra situacion politica. En vista pues, del sagrado fuego que nos inflama, y de la justicia de nuestra causa, alentaos, hijos de la patria, que ha llegado el dia de la gloria y de la felicidad publica de esta America. ¡ Levantaos, almas nobles de los Americanos! del profundo abatimiento en que habeis estado sepultados, y desplegad todos los resortes de vuestra energia y de vuestro valor, haciendo ver a todas las naciones las admirables calidades que os adornan, y la cultura de que sois susceptibles. Si teneis sentimientos de humanidad, si os horroriza el ver derramar la sangre de vuestros hermanos, y no quereis que se renueven a cada paso las

sus justas quejas por sus familias y amigos, las espresaron con fuerza, y aun esplicaron con menos precaucion de la que su situacion exijia deseos de la aproximacion y triunfos de las fuerzas de Calleja. Este genero de confianza se aumentó en ellos con las noticias que ya corrian a principios de diciembre de la toma de Guanajuato, y que quedaron plenamente confirmadas con la llegada de Allende. Hidalgo, siempre prevenido contra los Españoles, y poco dispuesto á hacerles justicia, no necesitaba tanto para perseguirlos; así es que cuando llegaron a sus oídos estas voces acompañadas de una denuncia de conspiracion proyectada, segun se decia, entre ellos, un fraile carmelita y otro de S. Diego, se re-

espantosas escenas de Guanajuato, del Paso de Cruces, de S. Geronimo Aculeo, de la Barca, Zacualco y otras : si deseais la quietud publica, la seguridad de vuestras personas, familias y haciendas, y la prosperidad de este reino : si apeleceis que estos movimientos no dejeneren en una revolucion que procuramos evitar todos los americanos, esponiendonos en esta confusion a que venga un extranjero a dominarnos :.... enfin, si queréis ser felices, desertaos de las tropas de los Europeos, y venid a uniros con nosotros : dejad que se defiendan solos los ultramarinos, y vereis esto acabado en un dia, sin perjuicio de ellos y vuestro, y sin que perezca un solo individuo; pues nuestro animo es solo despojarlos del mando, sin ultrajar sus personas ni haciendas. Abrid los ojos : considerad que los Europeos pretenden ponernos a pelear criollos contra criollos, retirandose ellos a observar desde lejos; y en caso de serles favorables, apropiarse toda la gloria del vencimiento, haciendo despues mofa y desprecio de todo el criollismo, y de los mismos que les hubiesen defendido : advertid, que aun cuando llegasen a triunfar ayudados de vosotros, el premio que debeis esperar de vuestra inconsideracion, seria el que doblasen vuestras cadenas, y el veros sumerjidos en una esclavitud mucho mas cruel que la anterior.

solvió a desacerse de todos. Si hubiese habido algun proceso en que se hubiese hecho constar este delito por pruebas o a lo menos por presunciones fundadas, habria sido menos reprehensible semejante resolucion ; pero en nada de esto se pensó, sino que fueron condenados a morir todos los que se hallaban presos en los colejos del seminario y S. Juan, no por un acto publico, sino por una resolucion privada de Hidalgo, que se intimaba a cada uno al momento preciso de ser acuchillado. Un lidiador de toros, llamado Marroquin, fué el encargado de ejecutar por sí mismo estas barbaras matanzas, y por las noches, cuando la ciudad se hallaba en silencio, tomaba las partidas de Españoles que conducia a la barranca del Salto, situada a ocho leguas, y los pasaba a cuchillo.

La conspiracion fué denunciada el 44 de diciembre, y desde el dia 45 hasta la entrada de Calleja, perecieron de esta manera mas de setecientos Españoles. Por algunos dias se ignoraron estas atrocidades

Para nosotros es de mucho mas aprecio la seguridad y conservacion de nuestros hermanos : nada mas deseamos, que el no vernos precisados a tomar las armas contra ellos : una sola gota de sangre americana pesa mas en nuestra estimacion que la prosperidad de algun combate, que procuraremos evitar cuanto sea posible, y nos lo permita la felicidad publica a que aspiramos, como ya hemos dicho; pero con sumo dolor de nuestro corazon protestamos, que peharemos contra todos los que se opongan a nuestras justas pretensiones, sean quienes fuesen, y para evitar desordenes y efusion de sangre, observaremos inviolablemente las leyes de guerra y de gentes para todos en lo de adelante.

en la ciudad aun entre los gefes de la insurreccion, pues siendo obra de solo Hidalgo y de ajentes pocos y subalternos empleados por el en ellas, se conservó al principio el secreto; pero no tardaron mucho en saberse y entonces la indignacion fué general. D. Ignacio Allende y D. Mariano Abasolo hicieron fuertes aunque infructuosos reclamos para hacer variar de resolucion a Hidalgo que se mantuvo inflexible. Abasolo no se contentó con eso, sino que salvó a muchos proporcionándoles la fuga, a otros escondiendolos, y a dos arrancandolos de las manos de Marroquin cuando los sacaba para acuchillarlos.

El espiritu publico ya muy trabajado por las arbitrariedades de Hidalgo, por su resistencia a establecer un gobierno y por las diferencias ocurridas entre los gefes de la insurreccion, que todos se oponian a las matanzas, acabó de perderse por los clamores de las familias de las victimas y por el interes que inspiraban á la generalidad de los ciudadanos. Desde entonces ya no fué posible contar con los *hombres influentes*, y se hizo necesario acudir a las masas. Allende y Abasolo se oponian a esas reuniones numerosisimas que no podian ser armadas, pagadas ni disciplinadas, y que la esperiencia habia probado ya bastantemente ser sino perjudiciales a lo menos *inconducentes al objeto*: Hidalgo, al contrario, todo lo esperaba de ellas, y aseguraba que si no se habia vencido, era porque no se habian reu-

nido las necesarias; esta terquedad en contrariar las disposiciones de los otros generales, produjo entre ellos serias desavenencias; pero al fin el riesgo común obligó á ceder a todos a los caprichos del cura y reunir cuantos hombres quisieron presentarse, sin escluir ni aun una partida de siete mil Indios flecheros de Colotlan, que ofreció y presentó D. José Maria Calvillo.

Entre tanto, Allende, Abasolo y Aldama, convencidos de la necesidad de poner algun orden en estas fuerzas, se dedicaron a rejimentar, completar y armar algunos cuerpos, tomando de las masas el numero necesario para llenar las bajas casi totales que en las derrotas anteriores habian sufrido los rejimientos que los seguian; pero no habiendo empezado sus trabajos sino en el ultimo tercio de diciembre, ya se deja conocer que en un mes escaso que desde entonces pasó hasta la batalla de Calderon muy poco pudieron hacer, especialmente teniendo que haberselas con hombres que cuando se les queria someter a la disciplina se incomodaban y preferian agregarse a las masas destinadas á pelear. En medio de estas dificultades, cuyo tamaño hoy no se puede apreciar bastantemente, lograron armar y disciplinar medianamente siete batallones de infanteria, seis escuadrones de caballeria y dos compañías de artilleria, que en todo formaban tres mil cuatrocientos hombres, fuerza muy inferior a la que podria

presentar Calleja en numero y disciplina. Esta consideracion hacia presajiar mal a Allende del exito de una batalla, y en una junta de guerra presidida por Hidalgo, procuró esforzarla hasta ponerla al alcance de los vocales de la junta, en su mayor parte poco peritos en el arte de la guerra. Muchos lograron penetrar la justicia de sus observaciones; pero otros, o porque no pudieron comprenderlas, o por el inmenso ascendiente que Hidalgo tenia sobre ellos, votaron por la resistencia directa, y entonces ya no hubo otro remedio que prepararse a ella. Al efecto se hicieron conducir desde San Blas todas las piezas que componian su artilleria gruesa, pero destruidas las cureñas por la fragosidad de las sierras y la aspereza de los caminos muchas quedaron en ellos, y a Guadalajara llegaron cuarenta y tres, las mas de ellas desmontadas. Con estos cañones, con los que se habian llevado de otros puntos y con los que mal y de prisa se habian fundido en la ciudad, se reunieron ciento y tres bocas de fuego que, con cerca de cien mil hombres sin armas ni disciplina parecieron a Hidalgo el ejército mas formidable capaz de conquistar a la misma Francia. Se trató pues de elejir el lugar del combate, y sobre esto volvió a haber diferencias; pero prevaleció por fin el dictamen de Allende y Abasolo que, despues de haber practicado varios reconocimientos, indicaron como mas ventajoso el puente de Calderon. Realmente

este punto ofrece ventajas para situarse, y en el *pudo haberse hecho una defensa vigorosa.*

El rio Calderon corre entre el Tololotlan y el arroyo de las Amarillas : sobre el está levantado el puente del mismo nombre y se halla dominado a su frente é izquierda por dos lomas prolongadas que abrazan la posicion, y que siendo muy escarpadas presentan un acceso difícil : el camino pasa por el puente que se halla enteramente descubierto y el rio, aunque no muy abundante de aguas, puede decirse invadeable por lo escarpado de sus riberas.

Desde el 14 de enero se empezó a conducir la artilleria, municiones y todos los útiles de guerra escoltados por una fuerte division que mandaba D. Jose Antonio Torres : el 15 se levantaron tres baterias, la primera y principal, compuesta de sesenta y siete cañones de todos calibres, en la loma que se halla frente del puente, la segunda en la altura de la izquierda situada del puente para allá con doce bocas, y la tercera en otra altura del mismo lado que esta antes de pasar el rio con siete cañones. Al establecer estas baterias se advirtió que los cañones se hallaban mal montados en razon de la construccion imperfecta de las cureñas, que no permitian darles la direccion que el caso exigiese y de consiguiente ni apuntarlos de modo que los tiros fuesen certeros, sin embargo se colocaron como se pudo y se dotaron con los competentes hombres y municiones.

La fuerza toda de Hidalgo compuesta de noventa y tres mil hombres se hallaba ya en el campo la mañana del 16 : la infanteria reglada se situó tras de las tres baterias en otras tantas columnas cerradas, y ademas se estableció una linea cuádrupla de batalla al costado izquierdo de la bateria principal formando angulo saliente con ella : la caballeria de la misma clase se situó en los flancos de las baterias para apoyarlas; los flecheros debajo de ellas; y en el llano que se halla tras de las lomas de la izquierda camino de Guadalajara quedó lo que se puede llamar la reserva, compuesta de una multitud innumerable de gente desordenada sin armas ni concierto, y entre la cual se hallaban mas de quince mil caballos : la bateria principal y la division que la sostenia se puso a las ordenes inmediatas de Torres; la de la izquierda del rio adentro a las de D. Juan Aldama, y la del mismo lado rio afuera a las de Portugal : Abasolo tomó a sus ordenes inmediatas toda la caballeria, y Allende fué declarado comandante de todas las fuerzas y jefe de la accion quedando Hidalgo con la reserva en el llano.

El virey Venegas, como se ha dicho ya, temeroso de un reves, no queria que solo el ejercito del centro acometiese a las fuerzas de los insurjentes, sino que estas fuesen atacadas en combinacion por las tres divisiones que se hallaban a las ordenes de Cordero, Cruz y Calleja, y al efecto tenia dadas a estos tres ge-

tes las correspondientes ordenes : Cordero no pudo cumplirlas por la defeccion de sus tropas que sublevó a favor de la insurreccion el teniente coronel D. Ignacio Elizondo, Cruz se preparaba a hacerlo, pero Calleja desde el principio se propuso no tener concurrente en el triunfo que se prometia y se apresuró a dar solo la accion antes que el otro llegase. Las relaciones que entabló con Triarte y mas que todo las inteliencias que mantenía directamente en Guadalajara y en el campo enemigo, le dieron un perfecto conocimiento del estado de las cosas entre los insurjentes, de sus discordias, del poco partido con que contaban en la ciudad, de sus escasas fuerzas regladas, y sobre todo del mal estado de su numerosa artilleria. Estas noticias y el estimulo de no partir con otro la gloria del triunfo lo determinaron tambien a apresurar la accion. Las fuerzas con que contaba consistian en poco mas de seis mil hombres, casi la mitad de ellos de caballeria, diez piezas de campaña y un inmenso repuesto de municiones ; con ellas se presentó el dia 16 en las inmediaciones del puente de Calderon ; en la tarde hizo un reconocimiento del campo enemigo que lo confirmó en el proposito de acometer al dia siguiente no habiendo hallado en el nada de temible sino el numero. Campó pues a corta distancia en frente del puente, en lugar abierto, y alli pasó la noche sin ser incomodado, falta notable en los generales insurjentes que pu-

diendo disponer de tantas fuerzas no destacaron algunas guerrillas para incomodar y tener en vela al soldado enemigo a quien por solo este hecho habrian hallado muy debil al dia siguiente. Es tanto mas probable este resultado cuanto que los soldados de Calleja, que no podian conocer como su general el estado de las cosas, se hallaban aterrorizados a la vista de aquellas enormes baterias y de la inmensa multitud con que tenian que combatir.

La mañana del 17 los insurgentes distribuyeron su fuerza de la manera que va dicha, y ademas formaron una fuerte division que bajo las ordenes de Abasolo y situada al pie de las dos baterias y a la cabeza del puente defendiese su paso. Calleja antes de empezar la accion, mandó al gefe de la artilleria D. Ramon Diez de Ortega practicar un nuevo reconocimiento sobre las baterias insurgentes, y habiendo sabido que la punteria era muy alta y no podia mejorarse, formó tres fuertes columnas de ataque, una de caballeria a las ordenes de D. Miguel de Emparan para que acometiese por la derecha flanqueando la ultima bateria de aquel lado; la otra mista de infanteria y caballeria a las ordenes del conde de la Cadena para que vadeando el rio acometiese la division insurgente que apoyaba su costado sobre la bateria principal, y la tercera compuesta toda de infanteria a las ordenes del coronel Jalon para acometer por el centro : el mismo Calleja se quedó con la reserva